

pero no quiero mas que á Dios, solo á Dios, solo á Dios.

Mientras que Alfonso ponía en práctica con tanta exactitud lo que había enseñado á los demas en su libro de la *conformidad con la voluntad de Dios*, sufriendo tantos y tan penosos males, con inalterable paciencia, y con plenísima conformidad con las disposiciones y con el querer divino, no dejaba de observar todas sus prácticas devotas, en tanto y aun mas que aquello que podia soportar el estado de su salud. El, ademas de oír una ó mas misas, y comulgar todas las mañanas, se hacía leer por muchas horas del dia y aun de la noche, vidas de santos ú otros libros espirituales; de modo que no pudiendo los que leían, soportar por tanto tiempo la fatiga, debían sucederse el uno al otro alternativamente, tanto mas cuanto que por su gran sordera, debían leer en voz tan alta, que se oía desde la calle. El resto del tiempo lo empleaba ó en rezar rosarios, y otras oraciones vocales, ó en meditar las cosas celestiales, y en hacer actos de amor hácia su Señor, ó hablando cosas de Dios y de la salvacion eterna, con los que iban á visitarlo. De este modo pasó santamente, y sin perder jamas ni un momento, los ultimos años de su vida, en los que dió cada vez mas claras señales de todas sus heroicas virtudes, y mostró de una manera particular su gran

constancia en el bien obrar, y en observar incesantemente toda la práctica y todo acto virtuoso emprendido por él desde sus primeros años: lo cual era considerado por él tan necesario para la vida cristiana como para alcanzar las virtudes. Por lo cual acostumbraba decir á sus jóvenes alumnos: *Yo no erijo cosas grandes de vosotros: quiero cosas pequeñas, pero constantes y perseverantes.* Máxima tan cierta y tan justa, como poco atendida y menos practicada.

CAPITULO III.

Fé de San Alfonso.

Aunque de lo dicho hasta aquí se puede comprender muy bien, que Alfonso resplandeció muchísimo en toda clase de virtudes; sin embargo, hemos creído oportuno hacer aquí una mención particular de algunas de ellas, ó por que se han tocado muy ligeramente en el discurso de esta vida, ó porque se señaló en ellas de un modo especial. Y comenzando por la fé que es la raiz y el fundamento de todas las demas, y sin la cual es imposible agradar á Dios, esta fué siempre tan viva en Alfonso, que continuamente daba

gracias á Dios por haberle dado este gran don, y por haberlo hecho nacer en el gremio de la santa Iglesia católica; y tanto en los sermones como en las conversaciones familiares no acababa de repetir: *Nuestra santa fé es la verdadera: por ella daría mil veces la sangre y la vida. Demos siempre gracias á Dios, porque nos ha hecho nacer en la iglesia católica romana, y no entre los herejes ó entre los infieles. ¿Qué hemos hecho nosotros mas que aquellos para no vernos turcos con el turbante en la cabeza, ó incrédulos y fuera de la Iglesia?* De aquí es que encomiaba muchísimo la piedad de San Luis rey de Francia, el que, al entrar en la iglesia, iba al bautisterio á dar gracias á Dios por el beneficio que le habia hecho al darle la santa fé.

Despues, cuando rezaba el símbolo de los apóstoles, ó el que se atribuye á San Atanasio, ó bien el acto de fé que acostumbraba hacer muy á menudo, era tal su fervor, que escitaba á devocion al que lo escuchaba: y al leer al fin de la misa el evangelio de San Juan, fijando la vista en un cuadro de la Anunciacion de la Virgen, que habia hecho colocar en su capilla particular, se veia como estasiado, fuera de sí, y completamente absorto al contemplar el misterio de la Encarnacion del divino Verbo. Lo mismo sucedia cuando discurria en público ó en lo privado de los

misterios de nuestra fé, pues que hablaba de ellos con tanto celo y energia, que parecia verlos con los ojos del cuerpo, no solo creerlos firmemente con el espíritu. Y de esta fé tan viva que tenia, resultaba justamente que siempre estaba pensando en su Dios, y andaba siempre en su presencia, adorándolo en espíritu y en verdad; y por eso jamas se cubria la cabeza ni con el solideo, ya estuviese en su aposento, ó anduviese por la casa, ó en la calle, ni aun cuando era obispo, ya fuese tiempo de verano ó de invierno, poniéndose solo un pañuelo en la cabeza si llovía ó hacia un aire fuerte. Ni tampoco dejaba nunca de recomendar é inculcar á todos la práctica de pensar en la presencia de Dios en todo tiempo y lugar; porque cuanto mas fácil es eso, tanto mas eficaz y provechoso es para resistir las tentaciones y no caer en pecado, y al mismo tiempo para adelantar en el camino de la virtud.

Animado Alfonso de esta fé no solo resistia valerosamente, como se ha dicho, á todas las tentaciones contra ella, repitiendo continuamente: *Creo, oh Señor, creo todo lo que enseña la santa iglesia católica;* sino que ademas, procuraba instruir á todos en los misterios de nuestra religion, y escitarlos á una verdadera y firme creencia de todo lo que Dios se ha dignado revelarnos, y que la misma iglesia católica nos propo-

ne. No referiremos aquí todo lo que hizo para instruir á los niños y á las personas mas rudas y mas rústicas en los misterios de nuestra santa fé y en los primeros elementos de la doctrina cristiana desde el principio de su vocacion al estado eclesiástico, y mucho mas en todos los años que anduvo evangelizando por tan diversas provincias y lugares, ó que gobernó la iglesia de Santa Agueda. Solo añadiremos que no contento con todo esto, procuró siempre alejar y remover tanto de los individuos de su congregacion como de la grey que se habia confiado á sus cuidados, toda doctrina y toda opinion que no estuviese enteramente conforme con los dogmas de nuestra fé y con la doctrina de la iglesia. Jamas permitia á los jóvenes alumnos de su repetida congregacion leer ningun libro nuevo de filosofía ó de teología, sin haberlo antes examinado él mismo, y aun hecho examinar por otros padres, para ver si habia ó no en él algo que ofendiese en lo mas mínimo la doctrina de la iglesia; y ademas sin haberse informado plenamente de personas doctas y prudentes de Nápoles ó de otros lugares, de la opinion y estimacion en que se tenia al autor. Despues, mientras fué obispo de Santa Agueda no solo vigiló constantemente sobre la pureza de la fé y se valió de todos los medios posibles para mantener lejos de su grey toda novedad de doctrina, y to-

do libro que pudiese en algun modo oscurecerla; sino que ademas, mandó al lector de filosofía de su seminario, que leyese y esplicase á los estudiantes un tratado que compuso él mismo contra los materialistas, para que les sirviese como de antídoto anticipado contra los sofismas y las vanidades de tan irracional como abominable secta, que con grave perjuicio no solo de las almas, sino aun de la misma sociedad civil, ha encontrado y encuentra todavia no pocos necios y ciegos secuaces.

Mas tampoco se restringió á esto solo el celo de Alfonso por la fé. Aun habria deseado poder ir á esparcirla por todo el mundo, y hacerla conocer y abrazar de todos aunque fuese á costa de su vida: para lo cual de buena gana se hubiera inserto como alumno en la congregacion de los Chinos en Nápoles, si su director no lo hubiera disuadido de ello. A pesar de esto no cooperó poco al establecimiento y buen éxito de ella, ni dejó de exhortar y animar á aquellos jóvenes alumnos á llevar la luz del evangelio á aquellas remotas y tenebrosas regiones. Entre tanto él, jamas dejó de decir y hacer cuanto podia por la conservacion y propagacion de la fé. Luego que llegaba á su noticia que habia salido á luz algun libro venenoso contra nuestra religion, no solo se affigia muchísimo por ello, sino que se ponía á refutarlo, á fin de pre-

servar á todos los fieles de tan pestilente contagio. Con este objeto escribió entre otras las obras siguientes: *Verdad de la fé, y triunfo de la iglesia, ó historia de las heregías*, en que combate y refuta á los materialistas, á los deistas, á los falsos políticos y demas incrédulos, así como las principales heregias tanto antiguas como modernas. La *Obra dogmática contra los hereges que se pretenden reformados*, en que defiende de las rabiosas mordidas de estos novadores, todos los dogmas definidos por el sagrado Concilio de Trento, y por último, la *Victoria de los Mártires*, compuesta espresamente para animar á los fieles con el ejemplo de tantos mártires, á permanecer firmes en la fé, y aun á estar prontos á dar la vida por sostenerla. De aquí es que, habiendo oído decir que un librero en Nápoles hacia venir libros llenos de veneno contra la iglesia y contra las buenas costumbres, escribió luego luego muchas cartas á Nápoles, y tomó todas las medidas convenientes para impedir estos perjuicios, y no se quedó hasta que logró cuanto deseaba. Y así como se entristecía muchísimo cuando oía decir ó leía que la santa fé se veía oprimida, ó que se perjudicaba de alguna manera en algun lugar ó reino, así se alegraba y se complacia muchísimo, cuando llegaba á saber que se propagaba y crecía cada vez mas en otra parte.

El mismo placer el mismo júbilo manifestaba, cuando veía que algun nuevo autor se habia puesto á demostrar la verdad de nuestra religion y á rebatir las capciosidades de los que intentan sacudirla y debilitarla; y aunque tan decrepito y tan enfermo, despues de la renuncia de su obispado, no dejaba de leerlos por muchas horas al dia. Por lo que habiendo sabido que el abate Nonnotte habia escrito contra las máximas de Voltaire, se apresuró á leer la obra con mucho placer, y escribió al abate alentándolo y conjurándolo á que continuase empuñando la pluma contra aquel que bajo el encanto de un estilo atractivo y ameno, ministraba el mas mortal veneno, sintiendo al mismo tiempo el no poder por su decrepitud, reutar por la prensa las falsas opiniones filosóficas de aquel escritor; pero que por otra parte, en aquel estado encontraba alivio y consuelo leyendo las obras que el citado abate habia compuesto contra el referido filósofo.

Este ardiente deseo que tenia de ver propagada y abrazada nuestra santa fé, hacia tambien que rogase é hiciciese rogar continuamente á Dios para que se dignase iluminar con su gracia, y convertir á todos los que yacen en las tinieblas del error y fuera de la iglesia católica. Por lo que ente las reglas de su instituto puso la de que todas las oraciones de los do-

mingos, así como las comuniones y mortificaciones de cada uno de sus alumnos, se hiciesen por la exaltacion de la santa iglesia, por el Sumo Pontífice, por todos los prelados y príncipes católicos reinantes: y las de los lúnes, por la conversion de todos los pecadores, de los hereges, de los cismáticos y de los incrédulos, rogando al Señor se digne darles las luces necesarias para conocer el estado verdaderamente infeliz y digno de compasion en que se encuentran.

Otras muchas cosas habria que decir aquí para manifestar mejor la viva fé de Alfonso; pero no haremos mas que indicar las principales y mas particulares, que para mayor claridad hemos creido conveniente dividir las en diversos párrafos.

§ I.

Devocion de San Alfonso á Jesus Sacramentado.

Si la devocion á Jesus Sacramentado que comenzó á tener Alfonso desde sus primeros años, fué creciendo poco á poco, de manera que parecia que no tenia mayor placer ni mayor consuelo que el permanecer por mucho tiempo ante él, y el adorarlo profundamente. Si cuando era un caballero particular y se hallaba rodeado de mil mcleestas ocupaciones relativas al foro, no dejó pasar dia sin irlo á visitar, donde es-

taba espuesto á la adoracion pública, y permanecer inmóvil y como estático por muchas horas; despues que fué sacerdote y que fundó su congregacion, no solo continuó haciendo lo mismo, sino que procuró adelantarse siempre mas en tan devoto ejercicio. Teniendo en las casas de su congregacion mucha mas facilidad para satisfacer sus deseos, iba muchas veces de dia y de noche á la iglesia ó al coro, y se estaba mucho tiempo adorando á su Señor Sacramentado; y frecuentemente iba sin zapatos ni chinelas, por temor de ser molesto á sus compañeros que á aquella hora estaban durmiendo. Lo mismo hizo cuando era obispo, porque tanto en su iglesia catedral como en las demas de su diócesis, segun se presentaba la ocasion, se le veía estar muchas horas con gran edificacion de los que lo veían ante el Santísimo Sacramento. Cuando volvió á la casa de San Miguel de los Paganos, aunque tan decrepito y enfermo, estaba, hasta que pudo, primero de rodillas y despues sentado, en la iglesia ó en el coro, tanto tiempo, que se puede calcular en ocho horas las que empleaba en las muchas veces que iba, y las gastaba en actos de adoracion y de amor hácia su Señor Sacramentado, y con tanto fervor de espíritu, que algunas veces se sacudia todo y como que queria saltar fuera de la silla y lanzarse hácia él, á quien llamaba *su amor*. Y jamas se hu-

biera retirado si la obediencia no lo hubiese arrancado casi por fuerza, para hacerlo salir en coche, y todavía solia decir á menudo al montar en él: *Llebadme á alguna iglesia en que esté el Santísimo Sacramento.* Pero no pudiendo ya en los últimos años de su vida bajar á la iglesia ni al coro, ni aun sostenido por su criado, le era muy penoso no poder adorar en persona á su Señor; y habiéndole dicho su director que podia estar tranquilo, porque el Santísimo Sacramento estaba en la misma casa: Sí, le respondió, *pero no está aquí Jesucristo Sacramentado.* Sin embargo, para apagar en cierto modo su ardentísima sed y devoción, despues de encendidas las velas del altar que estaba en su aposento, hacia junto con su hermano lego y con el criado, la visita al Santísimo Sacramento como acostumbraba hacerla con el pueblo.

Alfonso procuró infiltrar en el corazon de les fieles y promover por todas partes la encendida y tierna devoción que tenia al Santísimo Sacramento. En todos los lugares á donde fué á predicar en tantos años, recomendó ardientemente esta devoción, y procuró introducirla haciendo que el pueblo acudiese todas las noches á venerar con actos de adoración y de amor á Jesus Sacramentado. Lo mismo quiso que hiciesen todos sus alumnos, no solo en sus propias casas, sino en todos los lugares á donde fuesen llamados en

mision, y donde quiera que predicasen. Y como este empeño que tenia de ver honrado de este modo al Santísimo Sacramento era sabido de todos, luego que el vicario capitular de Santa Agueda supo que Alfonso habia sido nombrado su obispo, mandó á todos los curas de la diócesis que pusiesen en práctica en sus iglesias este devoto ejercicio, para que al venir dicho obispo lo encontrase ya establecido. A la llegada de Alfonso no solo mandó que se hiciese esta visita á Jesus Sacramentado todos los dias al anochecer en todas las parroquias de su diócesis, sino que con mucha frecuencia iba él mismo á la iglesia á hacerla con el pueblo, y espresaba con tal energia sus afectos interiores hácia su Dios, que movia la devoción y las lágrimas de los que lo escuchaban. No pocas veces sucedia, que como absorto en Dios, enteramente encendido en caridad, parecia que percibiendo visiblemente á Jesus Sacramentado, prorumpia en estas ó semejantes voces afectuosas: *Ahí está, vedlo, qué hermoso es, amadle.*

De este modo andaba siempre Alfonso promoviendo una devoción tan piadosa y tan saludable. Habiendo ido á Durazano Monseñor Clavarini del orden de Santo Domingo, electo ya obispo de Ventimiglia en el Genoverado, é informado de esta devota práctica introducida allí por Alfonso, se enfervorizó tanto

con ella, que no solo no dejó de asistir á la visita todas las tardes, sino que dijo que queria introducirla en toda su diócesis luego que tomase posesion de su obispado. Por otra parte, deseando Alfonso introducir un ejercicio tan laudable no solo en todo el reino de Nápoles, sino por todas partes, hizo imprimir las *Visitas al Santísimo Sacramento para todos los dias del mes*, que se hallan entre sus *obras espirituales*: las que están tan llenas de actos de tan viva fé, y de tan tiernos y amorosos afectos hácia Jesus Sacramentado, que así como muestran la devocion y el fervor de quien las compuso, mueven y encienden en los mismos sentimientos á los que las leen y las meditan con atencion. Así es que han sido impresas y reimpresas muchísimas veces, y aun traducidas á otros idiomas, en virtud de que se ha experimentado el gran bien que han producido y producen.

Y en verdad que basta leer lo que dice en su introduccion, para poner en práctica un ejercicio tan devoto. *Es cierto que entre todas las devociones, la de adorar á Jesus Sacramentado, es la primera despues de los Sacramentos, la mas agradable á Dios, y la mas útil para nosotros..... Sabed que quizá ganareis mas en un cuarto de hora de oracion en presencia del Santísimo Sacramento, que en todos los demas ejercicios espirituales del dia.... Es menester que yo revele*

en este librito, á lo menos por gratitud, á mi Jesus Sacramentado, esta verdad. A la devocion de visitar al Santísimo Sacramento, aunque practicada por mí con tanta frialdad é imperfeccion, debo hallarme fuera del mundo, donde por mi desgracia viví hasta la edad de 26 años.

Si tanto era el empeño de Alfonso por adorar á Jesus Sacramentado, mucho mayor era el de recibirlo en su pecho. Ya en otra parte hemos hablado de la frecuencia y de la devocion con que se acercaba á la sagrada mesa, siendo aun secular, y antes de poder ofrecer á Dios en el sagrado altar la víctima del Cordero inmaculado. Cuando ya estuvo ordenado de sacerdote, no solo no dejaba nunca de celebrar la santa misa, sino que si por casualidad se hallaba en mision en la Semana Santa, procuraba volverse en aquellos dias á la casa de su congregacion para poder celebrar la misa y no quedarse privado ni un solo dia del pan eucarístico. Si alguna vez se hallaba impedido por sus graves enfermedades, y si en los últimos años tuvo que dejar enteramente de decirlo, no por eso dejó de comulgar diariamente, diciendo algunas veces: *Dadme á mi Jesucristo*. Y cuando en esta última época ya no pudo recibir en su pecho á su Señor Sacramentado en el Viernes Santo, á esta sola idea se turbaba y se affigia de tal modo, que desde la noche anterior se veía acometido de una calentura tan fuer-

te que era necesario sangrarlo, sin que por esto se viese libre de ella hasta el Sábado de gloria, despues de haber recibido el cuerpo de su Señor.

Tampoco repetiremos aquí nada sobre la composura, el recogimiento, ni sobre el fervor con que siempre celebraba los divinos misterios: solo añadiremos que á pesar de sus penosas enfermedades y de su decrepitud, observaba en ellos exactamente todas las ceremonias, aun las mas minuciosas, prescritas por las rúbricas, y en las genuflexiones se le veía tocar con la rodilla en tierra dejándola caer como un plomo, necesitando despues que le ayudasen para volverse á levantar, así como para volverse hácia el pueblo. Por otra parte, las cosas andaban de diversa manera despues de la consagracion, porque entonces no necesitaba que lo sostuviesen, sino que hacia sus genuflexiones con la mayor facilidad, y en el segundo *memento* se le veía el rostro encendido como un serafín, y como absorto y elevado del suelo, de manera que causaba gran maravilla y edificacion á los presentes. Y precisamente por su gran respeto y por su profunda veneracion á Jesus Sacramentado, jamas quiso tomar la licencia de usar el solideo al celebrar el santo sacrificio privada ó pontificalmente, como se concede á los obispos, acostumbrando decir, que no queria hacer una mala crianza á Jesucristo en el altar.

§ II.

Devocion de San Alfonso á la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

No fué menor la devocion de Alfonso á la pasion y muerte del Redentor. Este era el asunto mas frecuente, por no decir continuo, de sus meditaciones, teniendo siempre en su aposento una imágen de Jesus crucificado; de cuando en cuando le dirigia la vista acompañándola con algunas palabras amorosas. Sus mortificaciones, sus disciplinas y otras penitencias, siempre eran mayores en todos los viernes del año, y en tales dias, aunque era rector mayor, comia tirado en el suelo en refectorio pleno; pero en la Semana Santa las aumentaba considerablemente, con particularidad en los tres últimos dias de ella. En estos se le veía con el rostro pálido, apesarado y como asombrado y fuera de sí al contemplar los dolorosos misterios de la pasion del Salvador, cuyo especial recuerdo hace entonces la iglesia. Tambien observaba en estos dias un silencio mas riguroso, y queria se observase igualmente por toda su comunidad: á la hora de la mesa hacia leer el sermon de la pasion del padre Segneri: tomaba parte en los divinos oficios y

en todas las sagradas funciones que se hacen entonces, y no dejó de celebrar en ellos la misa solemne, hasta que ya no estuvo en estado de poderlo hacer. Sin embargo, mientras pudo, quiso estar siempre presente en la iglesia á todas aquellas sagradas funciones, con el misal en las manos meditando lo que leía, Luego que Jesucristo era colocado en el sepulcro, permanecia allí una gran parte del dia y de la noche arrodillado, y en los últimos años en una silla, orando y contemplando las penas y la muerte de su amado Señor: y en el Viernes Santo, concluidas las funciones, se estaba ante el Santísimo Sacramento que estaba depositado en la capilla de la Virgen de los Dolores. Pero cuando por último llegó á quedar incapaz de moverse ni de bajar de ningun modo á la iglesia, hacia en esos dias que lo arrastrasen en una silla con ruedas por un corredor de la casa, rezando devotamente el rosario.

Esta gran devocion que tenia á la pasion de Jesucristo hacia que todos los dias sin omitir uno solo, rezase con mucho fervor las estaciones del ejercicio llamado la *Via Crucis*, en que precisamente se proponen á la contemplacion los mas dolorosos misterios de nuestro Redentor. Y como en cada casa de su congregacion habia hecho poner, con las licencias necesarias, los cuadritos que representan dichos misterios,

quiso continuar tan devoto ejercicio, haciéndose arrastrar por su criado en la silla de ruedas, mientras pudo hacerlo, haciéndose parar en cada estacion. Cuando ya no pudo moverse absolutamente, lo practicaba en su aposento, conservando en las manos un Crucifijo, que se hizo bendecir por el padre guardian de los menores observantes para ganar las indulgencias.

Tambien fué muy devoto de la Santa Cruz, como que en ella terminó el Redentor el cruento sacrificio con que nos libró de la condenacion á que estábamos sentenciados. Así es que mientras estuvo en su obispado celebró siempre con solemnidad su fiesta en la Colegiata de Arienzo, y procuró que se hiciese lo mismo en toda su diócesis. Ademas, hizo colocar dos cruces muy grandes en el palacio episcopal, una en el comedor y otra en la escalera, tanto para que todos la adorasen, como porque él jamas dejaba de besarla antes y despues de la comida, así como al salir y al volver á casa: y despues de la renuncia del obispado mandó una de ellas de regalo á las monjas del Santísimo Redentor de Santa Agueda de los Godos, y la otra á la Colegiata de Arienzo, donde todavia se conserva en la sacristía de dicha iglesia.

Con el mismo objeto inculcaba á sus alumnos que no dejasen pasar algun dia sin pensar en la pasion de Jesucristo, y mandó que desde septuagésima hasta la

pascua, la meditacion que debe hacerse en comun por la mañana, fuese siempre sobre algun punto de la pasion. Quiso ademas que cada uno de ellos tuviese en su aposento no solo un Crucifijo, sino tambien una crucesita de madera para poder tenerla abrazada mientras dormian; y que en todas las casas de su congregacion se pusiese sobre la puerta una cruz muy grande de madera.

La misma devocion procuraba insinuar á todos los demas, hasta en sus conversaciones familiares y privadas, diciendo, entre otras cosas: *Cuando veais sogas, espinas y clavos, pensad en lo que sufrió Jesucristo en su dolorosa pasion; y cuando veais conducir corderos al matadero, pensad, como San Francisco, que así puntualmente fué conducido el inocente Jesus á la muerte.* Pero mucho mas lo hacia cuando predicaba, porque al fin de cada sermon recordaba la dolorosa pasion y muerte del Redentor, ademas de los sermones en que solo trataba de este asunto, tanto en las misiones como en otros tiempos, y particularmente en los viernes de Marzo cuando se hallaba en su diócesis, y el Viernes Santo por la noche en la iglesia de San Miguel de los Paganos aun despues de la renuncia de su obispado. Y cuando hablaba de este misterio, ya fuera en público ó en lo privado, no solo se le veía encendido en amor y ternura hácia su amabilísimo Se-

ñor, sino que movia á compasion y á llanto al que lo escuchaba.

Lo mismo queria que hiciesen los predicadores de su diócesis mientras vivió en ella, esto es, que predicasen sobre la pasion del Redentor en algunos dias fijos, y mucho mas sus alumnos, los que en las misiones, despues del sermon de espanto debian proponer al pueblo la meditacion de los padecimientos de Jesucristo para acostumbrarlo á contemplarlos, y para escitarlo á amar muchísimo á un Dios, que por puro amor quiso padecer tanto por nosotros. Tampoco debian salir nunca de un lugar en que hubiesen estado en mision, sin haber, como representado el calvario, levantando cinco grandes cruces, cuya vista sirviese para mantener viva la memoria de la pasion, como se ha visto que él acostumbraba hacerlo. Aconsejaba tambien á sus alumnos, que al dar los ejercicios espirituales á los eclesiásticos, ó á las monjas, jamas dejasen de predicar un sermon particular sobre la pasion, ó sobre el amor de Jesucristo.

Siendo obispo de Santa Agueda hizo pintar en un gran lienzo un Crucifijo enteramente destrozado y llagado de piés á cabeza, con un gran giron arrancado debajo del codo derecho, como habia leído que se le apareció á Santa Teresa de Jesus, é hizo hacer tantas copias, como eran las casas de su congregacion y man-